



Juan Bautista Alberdi

# Cartas Quillotanas

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Juan Bautista Alberdi**

# **Cartas Quillotanas**

Polémica con sarmiento

(Precedidas por una carta explicativa de Domingo F. Sarmiento)

## CARTA EXPLICATIVA DE DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Advertencia

Bueno será que el lector empiece por instruirse de la siguiente carta, que ha motivado la presente publicación:

## DEDICATORIA DE LA CAMPAÑA EN EL EJERCITO GRANDE

Yungai, noviembre 12 de 1852.

Mi querido Alberdi:

Conságrole a usted estas páginas, en que hallará detallado lo que en abstracto le dije a mi llegada de Río de Janeiro, en tres días de conferencias, cuyo resultado fue quedar usted de acuerdo conmigo en la conveniencia de no mezclarnos en este período de transición pasajera, en que el caudillaje iba a agotarse en esfuerzos inútiles por prologar un orden de cosas de hoy más imposible en la República Argentina.

Esta convicción se la he repetido en veinte cartas, por lo menos, rogándole, por el interés de la patria y el suyo propio que no se precipitase, aconsejándole atenerse al bello rol que “sus Bases” le daban en la regeneración argentina. Si antes de conocer al general Urquiza, dije desde Chile “su nombre es la gloria más alta de la Confederación (en cuanto a instrumento de guerra para voltear a Rosas)”, lo hice, sin embargo, con estas prudentes reservas: “¿será el único hombre que habiendo sabido elevarse por su energía y talento, llegado a cierta altura (el caudillo) no ha alcanzado a medir el nuevo horizonte sometido a sus miradas, ni comprender que cada situación tiene sus deberes, que cada escalón de la vida conduce a otro más alto? “La historia, por desgracia, está llena de ejemplos, y de esta pasta está amasada la generalidad de los hombres”... ¿Y después?... Después la historia olvidará que era gobernador de Entre Ríos un cierto general que dio batallas y murió de nulidad, obscuro y obscurecido por la posición de su pobre provincia”. Ya está en su provincia. La agonía ha comenzado, y poco han de hacer los cordiales que desde aquí le envían y le llegan fiambres, para mejorarlo.

Óigame, pues, ahora que habiendo ido a tocar de cerca aquel hombre y amasado en parte el barro de los acontecimientos históricos, vuelvo a este mismo Yungai, donde escribí “Argirópolis”, a explicar las causas del descalabro que ese hombre ha experimentado.

Como se lo dije a usted en una carta, así comprendo la democracia: ilustrar la opinión y no dejarla extraviarse por ignorar la verdad y no saber medir las consecuencias de sus

desaciertos; usted, que tanto habla de política “práctica” para justificar enormidades que repugnan al buen sentido, escuche primero la narración de los hechos “prácticos”, y después de leídas estas páginas llámeme detractor y lo que guste. Su con tenido, el tiempo y los sucesos probarán la justicia del cargo o la sinceridad de mis aseveraciones “motivadas”. ¡Ojalá que usted pueda darle este epíteto a “las suyas”!

Con estos antecedentes, mi querido Alberdi, usted me dispensará que no descienda a la polémica que bajo el transparente anónimo del “Diario” me suscita. No puedo seguirlo en los extravíos de una lógica de posición “semi oficial”, y que no se apoya en los hechos por no conocerlos. No es usted el primer escritor invencible en esas alturas, y sin querer establecer comparaciones de talento y de moralidad política, que no existen, Emilio Girardin, en la prensa de París, logró probar victoriosamente que el pronunciamiento de Urquiza contra Rosas era un cuento inventado por los especuladores de la Bolsa, y la Europa entera estuvo por un mes en esta persuasión, que la embajada de Montevideo apenas pudo desmentir ante los tribunales. Mi ánimo, pues, no es persuadirlo ni combatirlo; usted desempeña una misión, y no han de ser argumentos los que le hagan desistir de ella.

El público argentino, allá y no aquí, los que sufren y no usted, decidirán de la justicia. No será el timbre menor de su talento y sagacidad el haber provocado y hecho necesaria esta publicación, pues cónstele a usted, a todos mis amigos aquí, y al señor Lamas en Río de Janeiro, que era mi ánimo no publicar mi campaña hasta pasados algunos años. Los diarios de Buenos Aires han reproducido el “ad memorandum” que le precede, el prólogo y una carta con que se lo acompañé al “Diario de los Debates”. Véalas usted en “El Nacional” y observe si hay consistencia con mis antecedentes políticos, nuestras conferencias en Valparaíso y los hechos que voy a referir. He visto con mis propios ojos degollar el último hombre que ha sufrido esta pena, inventada y aplicada con profusión horrible por los caudillos, y me han bañado la cara los sesos de los soldados que creí las últimas víctimas de la guerra civil. Buenos Aires está libre de los caudillos, y las provincias si no las extravían, pueden librarse del último que sólo ellas con su cooperación levantarían. En la prensa y en la guerra, usted sabe en qué filas se me ha de encontrar siempre, y hace bien en llamarme el amigo de Buenos Aires, a mí que apenas conocí sus calles, usted que se crió allí, fue educado en sus aulas y vivió relacionado con toda la juventud.

Háblome de la prensa y de la guerra, porque las palabras que se lanzan en la primera se hacen redondas al cruzar la atmósfera y las reciben en los campos de batalla otros que los que las dirigieron. Y usted sabe, según consta de los registros del sitio de Montevideo, quién fue el primer desertor argentino de las murallas al acercarse Oribe. El otro es el que decían en la Cámara: “¡Es preciso tener el corazón en la cabeza!” Los “idealistas” le contestaron lo que todo hombre inocente y candoroso piensa: “Dejemos el corazón donde Dios lo ha puesto”.

Es esta la tercera vez que estamos en desacuerdo de opiniones, Alberdi. Una vez disentimos sobre el “Congreso Americano”, que en despecho de sus lúcidas frases, le salió una solemne patarata. Otra sobre lo que era “honesto y permitido” en un extranjero en América, y “sus Bases” le han servido de respuesta. Hoy, sobre el Pacto y Urquiza, y como el tiempo no se para donde lo deseamos, Urquiza y su pacto serán refutados, lo espero, por su propia nulidad: y al día siguiente quedaremos usted y yo tan amigos como cuando el “Congreso Americano”, y lo que era “honesto” para un extranjero. Para entonces, y desde ahora, me suscribo su amigo.

SARMIENTO

## CARTAS SOBRE LA PRENSA Y LA POLITICA MILITANTE DE LA REPUBLICA ARGENTINA

### PRIMERA CARTA

Motivos y tendencias conservadoras de esta publicación – Prensa argentina – La nueva situación reclama nueva prensa – Caracteres de ambas – La Prensa de guerra ha concluido su misión liberal – Conatos de restauración – El caudillaje en la prensa.

Quillota, enero de 1853.

Sarmiento:

Sea cuál fuere el mérito de su “Campana en el ejército grande aliado de Sud América”, probable es que no hubiera yo leído ese escrito, por escasez de tiempo para lecturas retrospectivas de ese género, ni me hubiera ocupado de contestarlo.

Pero usted ha querido ofrecerme sus páginas como comprobantes de la justicia con que usted ataca al hombre que, destruyendo a Oribe y a Rosas, se ha hecho acreedor a nuestra simpatía y apoyo, y dándonos una prueba práctica de su capacidad de repetir hechos iguales de libertad y progreso.

Con ello me ha puesto usted en la necesidad de escribir pues si yo callase, mi silencio sería tomado, por usted al menos, como señal de asentimiento. Y como lejos de hallar en su “Campana” la justicia de su resistencia la nuevo orden de cosas, descubro el origen personal y apasionado de ella, tengo necesidad de protestar contra la obra que usted me ha dedicado, con el derecho que me confiere el honor de su dedicatoria; contra la dirección que en ella pretende usted dar a la prensa argentina de la época que ha sucedido a Rosas, y contra ese silencio hostil, que ha dado usted en llamar “abstención” y que no es más que la sedición pasiva y desarmada.

La prensa de combate y el silencio de guerra, son armas que el partido liberal argentino usó en 1827; y su resultado fue la elevación de Rosas y su despotismo de veinte años.

Usted y sus amigos, volviendo a la exaltación bisoña de aquel tiempo, no hacen más que repetir los desaciertos del antiguo partido unitario, que usted mismo condenó en “Facundo” en días más serenos, y que hoy, después de veinte años de lecciones sangrientas, pretenden repetir sin tener la excusa de sus modelos.

La guerra militar de exterminio contra el modo de ser de nuestras poblaciones pastoras y sus representantes naturales, tuvo su fórmula y su código en el “Pampero” y en el “Granizo”, imitaciones periodísticas de la prensa francesa del tiempo de Marat y Dantón, inspiradas por un ardor patriótico, sincero, si se quiere, pero inexperto, ciego, pueril, impaciente, de los que pensaban que un par de escuadrones de lanceros de Lavalle bastarían para traer en las puntas de sus lanzas el desierto y el caudillaje, que es su resultado, en la desierta República Argentina.

Posteriormente se convino en que no había más medio de vencer el desierto y los hombres, las cosas y los usos que el desierto desarrolla, que la inmigración, los caminos, la industria y la instrucción popular; pero repentinamente hemos visto caer la política argentina en el círculo vicioso, y resucitado el programa del “Granizo” y del “Pampero” en formas rejuvenecidas y acomodadas a los usos del día.

Tras esto vemos también asomar la abstención sediciosa que dejó todo el poder en las manos inexpertas de Dorrego, para arrancárselo por las bayonetas el 1° de diciembre de 1828.

No estoy por el sistema de esos escritores, que nada tienen que hacer el día que no tienen qué atacar.

Aunque usted, Sarmiento, me dedica su “Campana” con algunos denuestos, que no son de buen tono en un escritor de sus años y dirigiéndose a persona que pretende estimar, debo decirle que no son ellos el estímulo reprobado de estas cartas. En la misma obra y en otros lugares, usted me ha reglado elogios que compensaban y anulan, cuando menos sus dicitos.

Otro, muy general y desapasionado, es el interés que motiva esta publicación. Ni usted ni yo como personas somos bastante asunto para distraer la atención pública.

Quiero hablar de la prensa, de su nuevo rol, de los nuevos deberes que le impone la época nueva que se abre para nuestro país desde la caída de Rosas, a propósito de usted y de sus recientes escritos.

Aunque usted nunca “ha sido toda la prensa de Chile”, ni mucho menos la argentina, usted ha hecho “campanas en ambas”, que le hacen un propósito digno de estudio. López Bello, Piñero, Frías, Peña, Gómez, Mitre, Lastarria y otros muchos representan colectivamente esa prensa de Chile, en que usted no ha visto sino su nombre.

Usted posee un crédito legítimo, que debe a sus nobles esfuerzos de diez años contra la tiranía derrocada por el general Urquiza. Ese crédito le ha dado imitadores y sectarios antes de ahora; y tanto como era provechosa su iniciativa cuando usted combatía lo que detestaba de corazón toda la República, sería peligroso que usted atrajese a la juventud, que conoce sus antiguos servicios, en el sentido turbulento y continuamente agitador de sus publicaciones posteriores a la caída de Rosas.

Con esta mira de orden y de pacificación, voy a estudiarlo como escritor.

No espere usted de mí sino una crítica alta, digna, respetuosa. Nada tengo que hacer con su persona, sino tributarle respeto. Voy a estudiarlo en sus escritos, en lo que es del dominio de todos. Usted, que tanto defiende la libertad de examinar, de impugnar, de discutir; usted que mide a otros con la vara de la crítica, ejerciendo un derecho innegable, no podrá encontrar extraño que ese mismo derecho se ejercite para con usted considerándole como representante de una tendencia y de una faz de la prensa argentina.

Hablar de la prensa es hablar de la política, del gobierno, de la vida misma de la República Argentina, pues la prensa es su expresión, su agente, su órgano. Si la prensa es un poder público, la causa de la libertad se interesa en que ese poder sea contrapesado por sí mismo. Toda dictadura, todo despotismo, aunque sea el de la prensa, son aciagos a la prosperidad de la República.

Importa saber qué pedía antes la política a la prensa, y qué le pide hoy desde la caída de Rosas.

Desconocer que ha empezado una época enteramente nueva para la República Argentina, después y con motivo de la caída de Rosas, es desconocer lo que ha sido ese hombre, confundir las cosas más opuestas y dar prueba de un escepticismo sin altura.

Sin dictadura omnímoda, sin mazorca; representado el país por un congreso que se ocupa de dar una constitución a la República; cambiados casi todos los gobiernos locales en un sentido ventajoso para su libertad; abiertos los ríos interiores al libre tráfico de la Europa, que Rosas detestó; abolidos los lemas de muerte; devueltos los bienes secuestrados por motivos políticos; en paz la República con todo el mundo, ¿se ocuparía hoy la prensa de lo

mismo que se ocupó durante los últimos quince años? No, ciertamente: eso sería ir contra el país y contra el interés nuevo y actual del país. El escritor liberal que repitiese hoy el tono, los medios, los tópicos que empleaba en tiempo de Rosas, se llevaría chasco, quedaría aislado y sólo escribiría para no ser leído.

Por más de diez años la política argentina ha pedido a la prensa una sola cosa: guerra al tirano Rosas. Eso pidió al soldado, al publicista, al escritor; porque eso constituía el bien supremo de la República Argentina por entonces. Esa exigencia de guerra ha sido servida por muchos; usted es uno de ellos, no el único. Una generación entera de hombres jóvenes se ha consumido en esa lucha. Por diez años usted ha sido un soldado de la prensa; un escritor de guerra, de combate. En sus manos la pluma fue una espada, no una antorcha. La luz de su pluma era la luz del acero que brilla desnudo en la batalla. Las doctrinas eran armas, instrumentos, medios de combate, no fines. No le hago de esto un reproche: establezco un hecho que cede en honor suyo, y que hoy explica otros hechos. Comercio, inmigración, instrucción, navegación de los ríos, abolición de las aduanas, sólo eran proyectiles de combate en sus manos; cosas que debían presentarle un interés secundario después del triunfo sobre el enemigo de ese comercio, de esa navegación de los ríos, de esa inmigración de la Europa que usted defendía porque el otro la atacaba.

Desgraciadamente, la tiranía que hizo necesaria una prensa de guerra ha durado tanto que ha tenido tiempo de formar una educación entera en sus sostenedores y en sus enemigos. Los que han peleado por diez y quince años han acabado por no saber hacer otra cosa que pelear.

Por fin ha concluido la guerra por la caída del tirano Rosas, y la política ha dejado de pedir a la prensa una polémica que ya no tiene objeto. Hoy le pide la paz, la constitución, la verdad práctica de lo que antes era una esperanza. Eso pide al publicista, al ciudadano, al escritor.

¿Le dan ustedes eso? ¿Sus escritos modernos responden a esa exigencia? ¿Representan ustedes los nuevos intereses de la República Argentina en sus publicaciones posteriores al 3 de febrero? El mal éxito que usted ha experimentado por la primera vez entre sus antiguos correligionarios de la lucha contra Rosas, le hace ver que su pluma tan bien empleada en los últimos años, no sirve hoy día a los intereses nuevos y actuales de la República desembarazada del despotismo de Rosas.

Ante la exigencia de paz, ante la necesidad de orden y de organización, los veteranos de la prensa contra Rosas han hecho lo que hace el soldado que termina una larga guerra de libertad, lo que hace el barretero después de la lenta demolición de una montaña.

Acostumbrados al sable y a la barreta, no sabiendo hacer otra cosa que sablear y cavar, quedan ociosos e inactivos desde luego. Ocupados largos años en destruir, es menester aprender a edificar.

Destruir es fácil, no requiere estudio; todo el mundo sabe destruir en política como en arquitectura. Edificar es obra de arte, que requiere aprendizaje. En política, en legislación, en administración no se puede edificar sin poseer estas ciencias (porque estas cosas son ciencias), y estas ciencias no se aprenden escribiendo periódicos, ni son infusas.

La nueva posición del obrero de la prensa es penosa y difícil como en todo aprendizaje, como en todo camino nuevo y desconocido.

En la paz, en la era de organización en que entra el país, se trata ya no de persona, sino de instituciones: se trata de Constitución, de leyes orgánicas, de reglamentos de administración política y económica; de código civil, de código de comercio, de código penal, de derecho marítimo, de derecho administrativo. La prensa de combate, que no ha estudiado ni

necesitado estudiar estas cosas en tiempos de tiranía, se presenta enana delante de estos deberes. Sus orgullosos servidores tienen que ceder los nuestros, en que descollaban cuando se trataba de atacar y destruir, y su amor propio empieza a sentirse mal. Ya no hay ruido, gloria, ni laureles para el combatiente; empieza para él el olvido ingrato que es inherente a la república.

El soldado licenciado de la vieja prensa vuelve con dolor su vista a los tiempos de la gloriosa guerra. La posibilidad de su renovación es su dorado ensueño. De buena gana repondría diez veces al enemigo caído, para tener el gusto de reportar otras diez glorias en destruirlo. Pelear, destruir, no es trabajo en él; es hábito, es placer, es gloria. Es además oficio que da de vivir como otro; es devoción fiel al antiguo oficio; es vocación invencible otras veces: es toda una educación finalmente.

Al primer pretexto de lucha, ¿qué hace el soldado retirado de la antigua prensa? Grita a las armas; se pone de pie. ¿No hay un verdadero Rosas?, finge un Rosas aparente. Le da las calidades del tirano caído, establece su identidad, y así legitima el empleo íntegro de sus antiguos medios. La política de la prensa queda reinstalada en su antiguo terreno. Los códigos, la organización, es decir, el estudio, de lo que se ignora, queda postergado para después. Es preciso antes allanar el terreno, destruir el obstáculo. El obstáculo son los “caudillos”, es decir, una cosa tan indeterminada y vaga como los “unitarios”, que se puede perseguir cien años sin que se acabe la causa de la guerra, que es útil al engrandecimiento del guerrero.

Se hizo un crimen en otro tiempo a Rosas de que postergase la organización para después de acabar con los “unitarios”; ahora sus enemigos imitan su ejemplo, postergando el arreglo constitucional del país hasta la conclusión de los “caudillos”. Siempre que se exija una guerra previa y anterior para ocuparse de constituir el país, jamás llegará el tiempo de constituirlo. Se debe establecer como teorema: Toda postergación de la Constitución es un crimen de lesa patria; una traición a la República. Con “caudillos”, con “unitarios”, con federales, y con cuanto contiene y forma la desgraciada República, se debe proceder a su organización, sin excluir ni aun a los malos porque también forman parte de la familia. Si establecéis la exclusión de ellos, la establecéis para todos, incluso para vosotros. Toda exclusión es división y anarquía. ¿Diréis que con los malos es imposible tener libertad perfecta? Pues sabed que no hay otro remedio que tenerla imperfecta y en la medida que es posible al país, tal cual es y no tal cual no es. Si porque es incapaz de orden constitucional una parte de nuestro país, queremos anonadarla, mañana diréis que es mejor anonadarla toda y traer en su lugar poblaciones de fuera, acostumbradas a vivir en orden y libertad. Tal principio os llevará por la lógica a suprimir toda la nación argentina hispano colonial, incapaz de república, y a suplantarla de un golpe por una nación argentina anglo-republicana, la única que estará exenta de caudillaje. Ese será el único medio de dar principio “por la libertad perfecta”; pero si queréis constituir vuestra ex colonia hispano-argentina, es decir, esa patria que tenéis y no otra, tenéis que dar principio por la “libertad imperfecta”, como el hombre, como el pueblo que deben ejercerla, y no aspirar a la libertad que tienen los republicanos de Norte América, sino para cuando nuestros pueblos valgan en riqueza, en cultura, en progreso, lo que valen los pueblos y los hombres de nueva York, de Boston, de Filadelfia, etc.

El día que creáis lícito destruir, suprimir al gaucho, porque no piensa como vos, escribís vuestra propia sentencia de exterminio y renováis el sistema de Rosas. La igualdad en nosotros es más antigua que el 25 de Mayo. Si tenemos derecho para suprimir al “caudillo” y sus secuaces porque no piensan como nosotros, ellos le invocarán mañana para

suprimimos a nosotros porque no pensamos como ellos. Writh decía que en el uso de los medios violentos los federales de Rosas no habían sido sino la exageración de los unitarios de Lavalle. El día que este general fusiló a Dorrego por su orden, quedó instalada la política que por veinte años ha fusilado discrecionalmente. El “Granizo” y el “Pampero” inauguraron la prensa bárbara que acabó con él y con los suyos.

No hay más que un medio de admitir los principios, y es admitirlos sin excepción para todo el mundo, para los buenos y para los pícaros. Cuando la iniquidad quiere eludir el principio, crea distinciones y divisiones; divide a los hombres en buenos y malos; da derechos a los primeros y pone fuera de la ley a los segundos, y por medio de ese fraude funda el reinado de la iniquidad, que mañana concluye con sus autores mismos. Dad garantías al caudillo, respetad el gaucho, si queréis garantías para todos.

La prensa que subleva las poblaciones argentinas contra su autoridad de ayer, haciéndoles creer que es posible acabar en un día con esa entidad indefinible y pretende que con sólo destruir a este o aquel jefe es posible realizar la república representativa desde el día de su caída, es una prensa de mentira, de ignorancia y de mala fe: prensa de vandalaje y de desquicio, a pesar de sus colores y sus nombres de civilización.

Facundo Quiroga invocaba en sus proclamas la libertad perfecta, el odio a los tiranos cuando devastaba la República Argentina en 1830.

No es el color lo que hace el rojo, sino el furor de destrucción. Hay “rojos azules” más terribles que Barbés. Con el color rojo se ha triunfado de Rosas; con el azul se trabaja por restablecerlo.

Es la mala prensa, la venenosa prensa de guerra civil, que tiene la pretensión necia de ser la prensa grande y gloriosa, que en otro tiempo luchaba contra el tirano, objeto de escándalo de un siglo y de dos mundos.

He ahí la prensa degenerada y bastarda que hemos visto anhelosa de reaparecer después de la caída de Rosas, no solamente por sus partidarios disfrazados, lo que no era extraño, sino por sus enemigos unidos a los otros.

Hemos visto realizada por los combatientes de los dos campos de la antigua prensa, una fusión de lucha y de combate, en que los unos y los otros, cediendo a la ley común de sus antecedentes belicosos, han proseguido juntos la vida de pelea que llevaron encontrados por diez años.

He ahí el terreno en que los escritos de los últimos meses, en que los antiguos y nuevos enemigos de Urquiza han querido echar la prensa y la política argentina más por mal hábito que por mala intención.

Rosas ha dejado ese mal a la República Argentina. Le ha dejado la costumbre del combate en que hizo vivir todas sus clases por largos años. El soldado, el escritor, el comerciante, haciendo del combate su vida normal, hoy toca una verdadera crisis al entrar en la vida de paz y de sosiego. No conocen el mecanismo, los medios de la vida de tranquilidad y de trabajo pacífico; o mejor, no se avienen a dejar las formas y condiciones, que habían dado a su antiguo modo de existencia.

La vida de paz pide una prensa de paz, y la prensa de paz pide escritores nuevos, inteligentes en los intereses de la paz, acostumbrados al tono de la paz, dotados de la vocación de sus conveniencias, enteramente opuestas a las de la guerra.

Ese rol es imposible para los escritores de guerra. No hay ejemplo de que el soldado veterano se haga comerciante perfecto; y se necesitan fuerzas sobrehumanas para que un hombre acostumbrado a predicar la guerra por 15 años se vuelva un predicador de concordia y de sosiego de un día para otro.

Así al toque de alarma en Buenos Aires el 11 de septiembre, incitados por sus viejos hábitos, todos los escritores de guerra han vuelto a su terreno favorito del ataque.

El objeto personal no existía; pero se convino en que Urquiza sería peor que Rosas, y con sólo esa tiranía de convención fue posible restablecer íntegramente la antigua argumentación, el pasado programa, las mismas palabras de orden, el mismo tono y los mismos medios, de la prensa y de la política de otro tiempo.

En esta posición nueva, los antiguos escritores de pelea desconocieron las condiciones que la nueva vida política imponía a la polémica argentina.

Estas condiciones nacían del personal y de las miras de los nuevos partidos en lucha.

La división tenía hoy lugar en el seno del partido liberal, en el seno del partido que acababa de destruir a Rosas. Eran los antiguos compañeros de armas que se dividían en dos campos rivales. La libertad tenía creyentes y soldados en uno y otro campo; caballeros y hombres de honra había en los dos terrenos. Y, sin embargo, fue atacado el que acababa de dar libertad a la República Argentina, con las mismas armas con que antes se combatía al que la ensangrentó y encadenó por veinte años; el tacto de esos escritores no supo discernir la diferencia que debe existir entre el modo de atacar al que siempre fue enemigo, al que ayer fue amigo y prestó a la libertad servicios que duran hoy y durarán eternamente.

Gutiérrez, la primera mentalidad literaria de la República Argentina; Peña, el viejo amigo de Rivadavia, el querido de Florencio Varela, el antiguo director del “Colegio de Ciencias Morales”, que tiene discípulos ilustres en cada provincia; López, Pico, Alberdi, Mármol, el bardo de la libertad; Seguí, el que autorizó el grito inmortal de guerra al tirano el 1° de mayo de 1851, han sido tratados con los mismos dictados que se dirigían a los degolladores de Buenos Aires en tiempo de Rosas. La flor de la sociedad culta de Mendoza ha sido apellidada “mashorca”. Los gobernadores provinciales salidos ayer del seno de la primera sociedad argentina, han sido insultados con el dictado de “caudillos” y tiranos.

Esa aberración de la vieja prensa es imperdonable y funesta en resultados. Usando contra hombres de honor y de patriotismo el tono y las palabras que se emplearon contra Cuitiño, Salomón y otros matadores insignes, esa prensa se muestra torpísima, desnuda del tacto, y modelo abominable de intolerancia y de opresión intelectual. Para legitimar el empleo de ese tono brutal, finge que sus adversarios actuales son iguales a los pasados, es decir, se hace culpable de calumnia contra sus hermanos de causa y de padecimientos, y todo por excusar su pereza, su falta de estudio, de educación y de inteligencia práctica en las leyes caballerescas de los debates de libertad.

Viene forzosamente para en adelante la vida representativa y de libre discusión; habrá divisiones de opiniones; habrá lucha, habrá debates más ardientes que nunca, porque serán más libres; habrá todo eso, porque todo eso constituye la vida de libertad y una condición de toda sociedad de hombres. ¿Qué piensa hacer la vieja prensa en ese tiempo? ¿Piensa emplear siempre las mismas armas que cruzaba en otra época con los cuchillos de la mashorca? ¿Piensa siempre llamar “venal, corrompido, servil” al escritor o al orador que por desgracia no vea las cosas como las ve el antiguo combatiente contra Rosas? No teniendo don de infabilidad, es creíble que encuentre a menudo preopinantes de honor y de capacidad: ¿pensará siempre “sacarlos a la vergüenza pública, ponerlos en la picota, flagelarlos por la espalda”, según las leyes de Felipe II y de la Inquisición, por el crimen de tener una opinión diferente?

En las edades y países de caudillaje, hay caudillos en todos los terrenos. Los tiene la prensa lo mismo que la política. La tiranía, es decir, la violencia, está en todos, porque en todos falta el hábito de someterse a la regla.

La prensa sudamericana tiene sus caudillos, “sus gauchos malos”, como los tiene la vida pública en los otros ramos. Y no por ser rivales de los caudillos de sable, dejan de serlo los de pluma. Los semejantes se repelen muchas veces por el hecho de serlo. El caudillo de pluma es planta que da el suelo desierto y la ciudad pequeña; producto natural de la América despoblada.

La prensa como elemento y poder político, engendra aspiraciones lo mismo que la espada; pero en nuestras poblaciones incultas, automáticas y destituidas de desarrollo intelectual, la prensa que todo lo prepara, nada realiza en provecho de sus hombres y sólo allana el triungo de la espada; que al instante halla en su contra la ambición periodística, que antes tuvo por apoyo.

Este carácter de prensa sudamericana es digno de particular estudio en la época que se abre, de reacción del espíritu culto de la Europa contra el espíritu campesino, contra los hábitos de aldea, que prevalecen en todos los elementos de la sociedad naciente e Sud América, sin excluir la prensa, la tribuna, ni las ciudades.

Tenemos la costumbre de mirar la prensa como terreno primitivo de la libertad y a menudo es refugio de las mayores tiranías, campo de indisciplina, de violencia y de asaltos vandálicos contra todas las leyes del deber. La prensa como espejo que refleja la sociedad de que es expresión, presenta todos los defectos políticos de sus hombres.

Aunque nuestras gacetas no se escriben en los campos, se escriben en ciudades compuestas de elementos campesinos, ciudades sin fábricas, sin letras, de vida civil incompleta y embrionaria, simples mansiones de agricultores, de pastores, de mineros ricos, que acuden a disfrutar de lo que han adquirido en la vida de los campos, que es la vida sudamericana por esencia. De aquí es que la prensa, como el salón, como la tribuna, como la academias misma, están llenas de “gauchos” o “guasos” de exterior inglés o francés.

El escritor de este género, el caudillo de la prensa como el gaucho de los campos, se distingue por su amor campestre a la independencia de toda autoridad, a la indisciplina, a la vida de guerra, de contradicción y de aventuras. Detesta todo yugo, aún el de la lógica, aún el de los antecedentes. Libre como el centauro de nuestros campos, embiste a la Academia española con tanto denuedo como a las primeras autoridades de la República.

Es el tipo de escritor que prevalece en nuestra prensa medio civilizada en usos de libertad, como la sociedad sudamericana de que es expresión. Predica el europeísmo y hace de él un arma de guerra contra los caudillos de espada; pero no toma para sí el tono y las costumbres europeas al “Times” o al “Diario de Debates” parisiense en la impugnación y el ataque.

Defiende las garantías privadas contra los ataques del sable, pero olvida que el hogar puede ser violado por la pluma. Estigmatiza al gaucho que hace manea con la piel del hombre, y él “saca el pellejo” a su rival político con pretexto de criticarlo. Espíritu tierno y susceptible (porque al fin es de Sud América), equivoca la obstinación presuntuosa con el carácter, la concesión civilizada del inglés, con la cobardía que se rinde a discreción.

Si los gauchos en el gobierno son obstáculo para la organización de estos países, ¿los gauchos de la prensa podrán ser auxiliares y agentes de orden y de gobierno regular? Todo es obstáculo para el establecimiento del gobierno en esta América inconmensurable, en que la ley es impotente porque está a pie, sin caminos, sin dinero, sin armas y el desierto protege lo mismo a sus defensores de espada que a sus ofensores de pluma. Y, sin embargo, es menester caminar en la obra de la organización contra la resistencia del gaucho de los campos y de los gauchos de la prensa. Si los unos son obstáculos, no lo son menos los otros: pero si ellos son el hombre sudamericano, es menester valerse de él mismo para operar su propia mejora o quitar el poder al gaucho de poncho y al gaucho de frac, es decir,

al hombre de Sud América, para entregarlo al único hombre que no es gaucho, al inglés, al francés, al europeo, que no tardaría en tomar el poncho y los hábitos que el desierto inspiró al español europeo del siglo XV, que es el americano actual; europeo degenerado por la influencia del desierto y de la soledad.

## SEGUNDA CARTA

Extravío de la prensa liberal después de la caída de Rosas – Campaña y escritos del señor Sarmiento – Son acusación, no historia; él es parte y no testigo ni juez. – Motivos de su oposición personal acreditados por sus obras. – Base de su crítica militar. – Importación indiscreta de la ciencia francesa, en guerra como en política. – Esa obra sirve al desorden, distrae la opinión de los asuntos serios y compromete la gloria argentina. – Caricatura de la batalla de Caseros. – Propaganda de resistencia anárquica.

Quillota, enero de 1853.

He hablado en mi carta anterior de las condiciones nuevas de la prensa; en la presente me ocuparé de examinar sus últimas publicaciones con arreglo a los principios allí sentados. Estos principios explican en parte los escritos de usted, pero no los explican del todo. En política es raro el acto que reconoce un solo motivo y no varios.

El interés de este estudio es impersonal y desapasionado. No intento defender a Urquiza y atacar a usted: escribo en obsequio del orden, la bibliografía de un trabajo destinado a perturbarlo. Escribo la bibliografía de su “Campaña”, que andará unida con el recuerdo de la campaña contra Rosas, para hacer rectificaciones que importan a la verdad histórica y a la paz de la República Argentina.

Ahora dos años, cuando el general Urquiza no había destruido a Rosas y sólo tenía el antecedente de haberle servido por muchos años, el interés de la patria nos reunió a todos los amigos de la libertad en derredor de aquel hombre, que se hizo simpático desde el día que renegó la causa del tirano, prometió un congreso y una constitución a la República. Usted se hizo adicto suyo y yo también. No es de hoy mi decisión por él, usted lo sabe. “El Mercurio” de 1851 insertó muchos artículos míos en su apoyo, que usted reprodujo en el último número de “Sud América”. Cuando usted se fue al Plata, me dejó escribiendo a favor de Urquiza, a quien yo no conocía, ni había escrito, ni tenía interés en agradar personalmente. No tenía yo el don de adivinación para saber que llegaría tiempo en que podría dar empleos diplomáticos.

Hoy que tiene la gloria de haber acabado con Rosas, reunido un Congreso Constituyente, dado a la República Argentina diez puertos accesibles a la Europa e internado en las soledades de nuestro desierto país el frac, las embarcaciones, las banderas, las lenguas vivas y los hombres de la Europa, que son símbolo de la civilización, hoy con doble motivo debemos apoyarlo, porque esos hechos son prendas que nos aseguran su capacidad de multiplicarlos.

Regresado usted a Chile, me halló escribiendo en el mismo sentido que antes de su viaje; pero yo encontré que usted había cambiado en su manera de considerar las cosas que veíamos de un mismo modo en 1851 y que hasta hoy persisto yo en considerarlas como entonces.

Separado de nosotros, usted ataca el hombre y la política que estamos apoyando desde 1851 en el interés de miras que ha realizado en parte de un modo espléndido. Tenemos que

defenderle hoy de los ataques de usted, como antes lo defendíamos de los ataques de Rosas. Usted me ha dedicado su “Campaña” para demostrarme por ella que su cambio es resultado de faltas que atribuye al general Urquiza, y yo voy a demostrarle por su propia “Campaña”, sin pretender santificar a su adversario, que su separación no aparece allí con más origen que el interés de su propio engrandecimiento, interés que sin excluir el patriotismo de usted, explica enteramente su actitud de agitador.

Hablando seriamente, usted concibió esperanzas de encabezar el partido liberal contra Rosas y las dejó traslucir más de una vez. Rosas contribuyó a darle esa ilusión más que el éxito de sus escritos lúcidos y patrióticos. Usted publicó su propia biografía en un grueso volumen encomiástico, que no dejó duda de que se ofrecía al país para su futuro representante. Usted escribió a publicistas de Francia pidiéndoles que apoyasen esa aspiración. Cuando estalló la revolución militar en Entre Ríos, usted fue al Plata y buscó la intermediación de su jefe, que no le dio la importancia que Rosas le había dado.

Decepcionado, contrariado en su ilusión de mando y dirección, quedó, sin embargo, en el ejército grande, en la posición doble que consta de su mismo escrito.

En el ejército grande emprendió usted dos campañas: una ostensible contra Rosas, otra latente contra Urquiza; una contra el obstáculo presente, otra contra el obstáculo futuro. Su arma contra Rosas fue el “Boletín”; su espada contra Urquiza fue el “diario de la campaña”, destinado “a ver la luz después de caído Rosas” (son sus palabras). El “Diario” era la refutación del “Boletín”, y por eso Rosas “lo halló bueno” cuando leyó el manuscrito caído en sus manos antes de la batalla del 3 de febrero.

Que su “campaña en el ejército grande” ha sido escrito contra el general Urquiza, usted mismo lo confiesa en su epílogo y en su prólogo, y no hay página de su escrito que no lo descubra a las claras.

Declara usted también que la escribió durante la marcha del ejército y antes de la batalla de febrero en que ella dio fin; luego usted confiesa que conspiraba desde entonces contra su general en jefe. Bien hace, pues, de distinguir su campaña personal de la campaña general del ejército grande: la de éste era dirigida contra Rosas, la suya contra Rosas y contra el general Urquiza. Usted conspiraba, en la nave en que hacía el viaje, para amarrar al capitán llegando al puerto. Según eso, la revolución contra Rosas venía al mundo preñada de otras nuevas, cuando, precisamente, era ésta la desgracia vergonzosa que interesaba prevenir a todo trance.

En esa posición representaba usted la tendencia de un círculo de liberales que decía: “Usemos de Urquiza para librarnos de Rosas; que caído éste nos será fácil librarnos del vencedor”.

El 11 de septiembre hizo explosión esa política, que buscaba el poder por segunda mano. El 11 de septiembre venía preparado desde la campaña del ejército grande. La sabiduría de Franklin y el acierto de Washington no hubiesen librado de él al general Urquiza. Antes que existiera el pacto de San Nicolás, que le ha servido de pretexto, ya estaba formulada y escrita la protesta; usted mismo lo confiesa.

El 11 de septiembre era la segunda intención de ciertos liberales coaligados con Urquiza, y la primera intención de los rosistas, porque la primera intención del caído es levantarse.

Aquellos creían poder emplear a Urquiza como instrumento efímero y desechable.

Explicaban sus desastres de veinte años por accidentes casuales, y creían que no necesitaban más que vencer una vez para quedar dueños perdurables del poder, que perdieron diez veces: idea estrecha y pobre, pues no sucumbe jamás por casualidad todo un partido, sino por una cadena de triunfos, que supone otras causas normales de buen éxito.

Nada hay común entre su “Campaña” parásita y la del ejército grande; pasionales, objeto, fines, todo es distinto. La campaña encabezada por el general Urquiza representaba la causa de la libertad, la esperanza de un Congreso, el deseo de una Constitución, el odio a Rosas y el entusiasmo por Urquiza, su brillante adversario. En la campaña de usted, en vez de amor, hay odio al vencedor de Rosas; en vez de odio a Rosas, se ve casi un olvido completo de su nombre y de sus errores; la libertad, la Constitución, el Congreso, que eran los grandes fines de la campaña de Urquiza, apenas aparecen mencionados en la de usted.

¿Qué nos presenta, qué podía ser su campaña personal dentro de la campaña del ejército grande? Usted era teniente coronel, no podía mandar un ala, ni una división del ejército; no podía tener ni tuvo parte importante en sus hechos de armas, es decir, en los actos que constituyen propiamente la campaña del ejército grande. Redactor del “Boletín”, usted nos da la historia de su trabajo literario. ¿Pero qué vale ese trabajo? ¿A quién hizo notable? ¿A quién dio derecho de escribir su campaña personal? ¿Conoce alguien al redactor de los “Boletines del ejército grande de Napoleón I”? ¿Quién conoce a los que redactaron los boletines de las campañas de San Martín, de Bolívar, de Belgrano? ¿Publicaron esos soldados de pluma sus campañas personales en los ejércitos de la inmortal guerra contra España?

Si San Martín y Bolívar hubiesen llevado a su lado redactores que al tiempo de escribir el boletín de sus jornadas llevasen diarios secretos, para desmentir más tarde al Boletín oficial, la gloria americana sería hoy la mitad de lo que es, y el conde Toreno se habría ahorrado el trabajo realista de achicar nuestros triunfos. ¿Al lado de qué general, grande o chico, hubiese permanecido un redactor de boletines que pretendía colaborar con el general en jefe en las operaciones del ejército?

Su campaña personal, en vez de ser un diario de las marchas del ejército, es la historia psicológica de sus impresiones de emulación contra su general en jefe; la historia de su desacuerdo con el general Urquiza, desacuerdo antiguo y profundo, que usted se afana en atribuir a faltas del general, pero que usted mismo revela ser fruto de sus decepciones de aspiración y de amor propio. Obrando como Alejandro, venciendo con más brillo que Napoleón, lo habría usted aborrecido doblemente, por lo mismo.

No entraré a contestar su campaña; yo no he militado a su lado, ni soy testigo de los actos que usted refiere. Otros cuidarán de apoyarlo o combatirlo con más autoridad. Pero puedo juzgar de su obra por lo que arroja ella misma, y de los actos de usted por su propia confesión. Le diré, desde luego, que su campaña es el proceso de sus miras demagógicas, de su ambición contrariada, la historia completa de su descalabro y de su segunda proscripción. Esta es mi manera ingenua y leal de entenderla.

Le diré también que usted no es testigo de los actos que relata, ni tiene en su favor la autoridad del que puede decir sin interés y sin pasión: “yo vi, yo oí, yo hice”.

No lo es, por supuesto, de lo que no ha visto, y, sin embargo, usted nos refiere la obra diplomática, preparatoria de la campaña, que tuvo lugar en aquellos países antes que usted saliera de Chile.

También nos refiere usted en su “Campaña” toda la “campaña del Uruguay”, hecha y completada por el general Urquiza mucho antes que la “Médicis” hubiese llevado a usted a Montevideo; y, sin embargo, usted la refiere con la autoridad de “testigo”. Testigo de oídas, porque el que refiere lo que ha oído, no refiere lo que presencié: es eco de un testigo, no testigo. En esa parte da usted como historia argentina lo que le contó un ministro extranjero que tenía interés inmediato en disminuir la gloria de nuestro país en provecho del suyo (página 70 de su “Campaña”).

Después del triunfo, sólo estuvo usted diez días en Buenos Aires, que pasó usted en sus calles y plazas, según su confesión. Al cabo de ellos, se fue usted a Río de Janeiro, y de allí se vino a Chile. Usted, sin embargo, reclama la autoridad de testigo contra los que se han criado en los lugares que usted habitó “diez días” (literalmente), cuando refiere también en su “Campana” los actos del general Urquiza “posteriores a la salida de usted”, los negocios de “junio”, la revolución de “septiembre”, y lo que es “Buenos Aires” hoy mismo.

Excusado es decir que usted dejó el Río de la Plata el 20 de febrero de 1852. En todo ello es usted testigo de “oídas”, eco literal de la prensa de Buenos Aires, es decir, la de la parte interesada, narrador fiel de lo que no ha visto y de lo que sabe por boca del fiscal.

En lo que usted ha visto, tampoco como testigo, ni merece la fe de tal sino en su contra. ¿Cómo ha podido usted creer que el público se componga de necios? ¿Quién le creería a usted aunque fuese más honrado que le honor? ¿Quién sería juez tan inicuo para oír al acusador sin oír a los testigos? ¿La parte agraviada tiene autoridad probatoria? Usted es parte acusadora, no testigo imparcial. Su “Campana” es un libelo de acusación, no un testimonio histórico. Es una arma de guerra, como usted mismo la ha calificado, lanzada en apoyo de la revolución del 11 de septiembre y escrita para prepararla.

Si lo que dice usted que vio desde su llegada a Entre Ríos fuera cierto, usted debió regresar a Montevideo y abstenerse absolutamente de buscar la caída de Rosas por medios tan inmorales. Lo contrario era rehabilitar, rejuvenecer la tiranía ya caduca de Rosas, era emprender una campana de opresión nueva contra la opresión vieja. ¿Por qué la emprendió usted? O usted dice lo que no vio, o usted ayudó a sabiendas a levantar una nueva tiranía. Su “Campana” muestra que usted habla por heridas abiertas a su ambición o a su amor propio. No indagaré si las mereció, ni si son reales o aparentes. Sólo haré ver que son confesadas, y que habla como herido el que se considera herido, aunque no lo esté. Voy a señalar brevemente en su propio escrito los motivos y síntomas del odio que le impide ser juez y narrador imparcial de los actos del general Urquiza, cuya gloria en la campana contra Rosas es gloria argentina, y cuyo prestigio actual es elemento de orden para la república libertada por él. Bien hace usted en negar ese odio, que se escapa en sus propias páginas, despojándolas de toda autoridad de verdad. Dice usted que no hubo escena entre el general y usted, y que no tiene, por lo tanto, motivo personal de queja contra él. ¿Pero cree usted indispensable una escena para engendrar odios a muerte en corazones no vulgares? ¿Una mirada, un gesto, una omisión, el silencio mismo, no han sido causas mil veces de rencores eternos y desastrosos?

Voy a señalar los orígenes que usted mismo asigna a su odio implacable contra el hombre que nos ha librado de Rosas, y el único que sería capaz de estorbar hoy su regreso al poder. Usted ve, según esto, si hay utilidad pública en rectificar escritos que sólo podrían servir al restablecimiento de la tiranía vencida en febrero.

El general Urquiza no satisfizo las miras de influjo que llevó a usted al ejército, y éste fue el primer motivo de su odio contra él. ¿Cuáles eran sus miras? ¿Qué iba usted a hacer? ¿Qué llevaba usted al ejército? Su pluma; usted no era soldado. La pluma en un ejército no es un arma. Un ejército supone agotada la misión de la palabra. Es la solución del problema entregada al cañón. La pluma del secretario es suficiente. El general Urquiza tenía de secretario de campana al que había refrendado los pronunciamientos inmortales de 1º de mayo.

Otra aspiración llevó usted que la de escribir boletines. Usted aspiraba a dirigir los acontecimientos que creía haber preparado. “Otras funciones, empero (que las del boletín,

escribía usted en Montevideo el 2 de diciembre) me están reservadas, y asociado a P... “debemos” formar el Estado Mayor del Ejército”.

Cuenta usted mismo su primera conferencia con Urquiza: “Presentéme al fin en casa de gobierno a las horas de costumbre, y a poco fui introducido a su presencia... Mi recepción fue política... Después de sentados en un sofá (con el general Urquiza) y pasadas las primeras saluciones, nos quedamos ambos callados. Yo estaba un poco turbado, creo que él estaba lo mismo. Yo rompí el silencio diciéndole “el objeto de mi venida, que era conocer al hombre” en quien estaban fijadas nuestras miradas y nuestras esperanzas, y “para poderle hablar de mis trabajos en Chile, de mis anticipaciones sobre el glorioso papel que le estaba destinado...”

¿Ese era el objeto de su viaje a Entre Ríos? ¿Había usted doblado el Cabo de Hornos sólo para ir a “conocer” al futuro libertador, y para “hablarle de sus trabajos en Chile”? ¿Qué importaba eso a la campaña?

Pero no es todo. “Tras este exordio, dice usted, entré a detallarle lo que era “el objeto práctico de mi venida”, a saber: “instruirle del estado de las Provincias, la opinión de los pueblos”, la capacidad y elementos de los gobernadores, los “trabajos emprendidos desde Chile...”

¿Era eso todo su contingente? ¿Para eso emprendía usted su viaje? Usted no había estado en las Provincias; sabía usted de ellas lo que sabíamos todos: que el pueblo detestaba a Rosas y que sus gobiernos lo apoyaban por miedo y por su interés propio. ¿Tenía usted trabajos de conspiración? ¿En qué quedaron? ¿Quién ha visto sus efectos? Las Provincias de que usted fue a dar cuenta no han hecho nada, no han cooperado con un hombre a la caída de Rosas. Iba usted a hablar de un elemento siempre negativo y secundario. Sin embargo, usted “había dado seguridad de cooperación y simpatía” de parte de las Provincias al general Urquiza. ¿Con qué antecedentes? “Según las seguridades que de ello me habían dado de San Juan”, dice usted. Se vio que ningún efecto había tenido la seguridad dada por usted; si San Juan ni otra provincia cooperaron a la caída de Rosas. ¿Qué debió pensar el general de los trabajos de usted en Chile y de su “influjo” en las Provincias? Con diez años de publicaciones nunca pudo usted precipitar una contra Rosas, y en los últimos meses, con 500 páginas no ha conseguido usted quitar una sola al general Urquiza.

Usted llevó la esperanza de dirigir “por el consejo” al hombre que sin usted había organizado el plan de conspiración contra Rosas, formando el ejército mayor que había visto la América y resuelto en cuatro días la cuestión oriental, que duraba diez años. Usted no fue interrogado, ni consultado como esperaba, y ese fue un delito de Urquiza para usted. “Esta (la primera) es la única vez que he hablado con el general Urquiza en dos meses que he estado cerca de él. Después es él quien ha hablado, haciéndome escuchar en política, en medidas económicas a su manera, en proyectos o en sugerencias de actos para en adelante. Aquí está a mi juicio el secreto y la fuente de esa serie de errores que hacen imposible su gobierno si no es en el Entre Ríos...”

...”De estos datos, y de muchos otros, que iba recolectando... yo empecé a ver confirmados los recelos que traía desde Chile, y resuelto a seguir el plan de vida que he seguido siempre, que consiste en conservar ileso la dignidad de hombre, como la única arma que puede oponerse al despotismo personal”.

...”Había, pues, en eso (en lo relativo a la cinta) esa perseverancia brutal, que huye de ser ilustrada, que insiste en despecho de todo, y que reduce a la condición de siervos “a los que por sus luces o su posición querían por lo menos ser consejeros”.

Pero ¿qué “luces”, qué “consejos” quería usted hacer escuchar? Se trataba de cosas militares, hablaba usted con un soldado; se trataba de guerra y no de política; iba usted a un ejército, no a un congreso. Usted no es militar, no podía ofrecer luces, consejos estratégicos, los únicos que convenían antes de la venida de los “congresos deliberantes” o del gobierno civil representativo. Usted sólo llevaba provocaciones en esas exigencias intempestivas de dignidad personal. Un escritor, un publicista, no va a buscar respetos y miramientos por sus luces entre soldados que habitan el vivac.

¿Quería usted pelear por la libertad? Magnífico pensamiento. Pero debió usted tomar el fusil, la subordinación y el silencio automáticos del soldado que sabe serlo, en vez de ir a discutir la cucarda que debía llevar el ejército y las medidas económicas que debían adoptarse para después de concluida victoriosamente la campaña, que no había dado principio. Cuando no se lleva un contingente de diez mil soldados, o una gloria militar que los valga, no se va a discutir esas cosas, de poder a poder.

¿Se puede leer sin asombro el siguiente párrafo de usted? “Lo que más me sorprendió en el general es que pasada aquella simple narración de hechos “conque me introduje”, nunca manifestó deseo de oír mi opinión sobre nada, y cuando con una modestia que no tengo, con una indiferencia afectada, con circunloquios que jamás he usado hablando con Cobden, Thiers, Guizot, Montt o el emperador del Brasil, quería emitir una idea, me atajaba a media palabra, diciéndome: “yo lo dije, lo vi, lo hice, etc.” Nadie sabe, nadie podrá apreciar jamás las torturas que he sufrido, las sujeciones que me he impuesto para conciliarme no la voluntad de aquel hombre, sino el que me provocase a hablar, que me dejase “exponerle sus intereses, la manera de obviar dificultades, el medio de propiciarse la opinión”.

Pero, ¿qué empeño tenía usted en hablar? ¿Quería usted ofrecer soldados, plata, conspiraciones organizadas? Eso era lo único que necesitaba en esos momentos. Consejos políticos son un contingente intempestivo que de ordinario llevan los estudiantes a los ejércitos. ¿Necesitaba el general Urquiza que “le expusiese usted sus intereses”? El, que había formado el Ejército Grande y concluido la campaña oriental sin usted, él que acabó la de Rosas, a pesar de usted, que se movía en un terreno y con elementos para usted desconocidos, ¿necesitaba de un tutor para que le dirigiese sus intereses? El, que había sabido obviar dificultades invencibles para tantos poderes, ¿podía necesitar que se la diese un escritor de periódicos, que jamás ha figurado como hombre de Estado?

“Yo noté luego una cosa, dice usted, y los hechos posteriores me la confirmaron, y es que mi reputación de hombre entendido en las cosas argentinas me condenaba a no poder estar cerca del general...” “Desde muy luego comprendí, pues, que “mi papel natural de consejero, de colaborador en la grandiosa obra de constituir una nación” de aquellos países tan favorecidos... estaba concluido, y debía volverme a Montevideo, lo que habría dado un escándalo... o exponerme a esta lucha diaria consigo mismo por un lado, “y por otro con aquellas pretensiones que rechazaba”. Sucedió esto último, desgraciadamente; pero queda establecido por usted que fue al ejército tras de algo más que la espada de teniente coronel y la redacción del Boletín.

Al acabar la primera entrevista, que se redujo a simple conversación, el general Urquiza le preguntó, naturalmente: “¿Qué piensa usted hacer? No sé, señor, le contesté para derrotar la mente de aquella pregunta oblicua. Probablemente regresaré a Montevideo”.

Pero ¿qué oblicuidad podía haber en la mente de semejante pregunt dirigida al que decía que sólo iba al ejército para conocer al general Urquiza y para decir lo que sabía de las Provincias? ¿qué otra cosa podía preguntarse al que no era soldado, ni ofrecía sus servicios

de tal? El hecho es que de esa entrevista “me quedaba, dice usted, un sinsabor indefinible y casi no motivado aparentemente”.

Frustrado su “papel natural de consejero y colaborador de la grande obra”, ¿qué hizo usted? “En la tercera entrevista con el general le ofrecí mis servicios, no teniendo plan fijo alguno... Entonces me indicó encargarme del boletín del ejército, llevar prensa, etc., lo que acepté gustoso, tomando poco el servicio militar “por ponerme a cubierto de la cinta y por no hacer la triste figura de los paisanos en los ejércitos”. Recomendé eficazmente a Paunero, Mitre y Aquino, mis compañeros, y pedí licencia para ir a Montevideo a prepararme y marché a poco “desencantado en cuanto a mí”.

Tenemos hasta aquí que usted fue sin ser llamado; que usted no halló el gran papel que esperó desempeñar; que ofreció sus servicios, y le aceptaron el de escribir el boletín y llevar una imprenta; que tomó la espada por ponerse a cubierto de la cinta y por evitar el ridículo de un paisano en un ejército. “Ponerme a cubierto de la cinta”, quería decir llevarla como soldado, y no como paisano: “como militar me la pondré, como ciudadano nunca”, dijo usted. Esta idea de dos cucardas, una para el ciudadano soldado y otra para el ciudadano civil; esta idea de que una misma divisa, un mismo color es de gloria en el “ciudadano militar” y de vilipendio en el “ciudadano paisano”, es tan poco seria como toda la cuestión del cintillo, de que hablaré más tarde. Tenemos también que usted quedó desazonado, desencantado de sus primeras impresiones en el ejército.

Llegado a Montevideo, usted declaró a sus amigos: “El general persiste en ser quien es y nadie en la tierra lo hará variar de su modo de ser”. ¿Usted había llevado, pues, la idea de cambiar en tres conversaciones al general Urquiza? ¿Y le hacía usted un defecto de que tuviese una voluntad, un carácter, una fe suyos, y no tomase como la cera el sello que quería darle un escritor que se creía hombre de Estado porque había escrito periódicos? No estaría Rosas fuera del poder si hubiese tenido un rival de cera virgen, que tomase la figura de general romano, o general francés, según los deseos de este o aquel escritor que se propusiese amoldarle a su gusto.

En Montevideo concibió usted por sí mismo la esperanza de figurar en el Estado Mayor con un rol activo.

Vuelto a Entre Ríos, presentó usted al general Urquiza a sus amigos Paunero y Mitre, que se recomendaban por sus conocidas aptitudes militares, mejor que por el auspicio de usted, que sólo tres veces había conversado con el general en jefe.

El coronel Paunero fue hecho jefe del detall de una división “Jefe de Estado Mayor”, como usted creyó; el esperado Estado Mayor quedó sin efecto, y usted sin la parte activa, que había esperado tener en él: nuevo motivo personal de desazón contra el general que dispuso esa reclusión.

Al dar usted cuenta de su comisión, el general Urquiza le “dirigió un reproche por haber traído una imprenta pesada contra sus órdenes...” Esta recepción tan poco cordial le dejó a usted turbado... Seguí no procuró verlo, cosa que le hizo sospechar que había algo de real en aquella frialdad del general; porque esos palaciegos son termómetros.

Bajo esas impresiones de desagrado personal, ya empezó usted a fijarse en la vida privada del general Urquiza, en el régimen de sus haciendas, etc.

El “Entre Ríos” se presentó entonces a su espíritu agriado, no ya como en “Argirópolis” lo había descrito, sino “como una grande hacienda con ganados y hombres”... reglamentada para producir ciertos resultados: como “la administración de Mehemet-Alí, pero sin altura, sin el concurso de la ciencia y de la industria europeas”. Esas buenas impresiones del “libertador” empezaba usted a consignar en su “Diario”, que con razón debió agradar a

Rosas cuando lo tomó y leyó. Si él hubiese triunfado de Urquiza, hoy su “Campana” estaría inserta en el “Archivo Americano”. Halló usted mal que el general Urquiza castigase el robo con rigor. “No se roba, pues, dijo usted; pero el hombre ha dejado de ser hombre perdiendo toda espontaneidad y toda idea de justicia... ¿Qué importan el robo de un cerdo, que remedia una necesidad, en cambio de un castigo espantoso que destruye toda idea de justicia?” Sólo la aversión personal que empezaba a nacer en usted pudo dictarle esa absolucón inaudita del comunismo.

Abierta la campana, empleado usted en el ejército y sujeto a la rigidez de la ordenanza militar en esos casos, se permitió en el Rosario dirigir arengas impresas en su nombre, a sus habitantes, y enviarlas al mismo general en jefe, con los boletines siete y ocho, diciéndole entre otras cosas que usted nos calla: “Los vecinos del Rosario esperaban a S.E.; y como noviniere han descargado su entusiasmo en el primero que se ha presentado. Ahí le mando una carta con que he contestado a estas gentes, por no saber otra cosa que decirles. Estoy contento con el boletín. Distrae los ocios del campamento, pone en movimiento a la población, anima al soldado, asusta a Rosas, etc., etc.”

La disciplina militar no reconoce notabilidades literarias. Usted era en el ejército un simple teniente coronel; no tenía intimidad personal con el general en jefe. Admitir ovaciones populares en reemplazo de la persona ausente del general en jefe, era una insolencia de parte de un oficial secundario. En el ejército en campana, no hay más que una voz y todo impreso de un subalterno dirigido al pueblo en su nombre propio, desde las filas del ejército, es un acto escandaloso de insubordinación. Estuviese o no contento con su rol, ¿qué tenía que hacerlo saber al general? Atribuir ese placer a distracción y no a pena, era poco espartano. Decir que el “Boletín”, y no un cuerpo de treinta mil hombres, es lo que “pone en movimiento a la población, anima al soldado, asusta a Rosas, etc.” y decirselo al general en jefe del ejército, era una impertinencia que naturalmente debía enfadarlo. Todos pueden presumir la respuesta que habría dado un Napoleón, Bolívar o San Martín a un desacatante semejante; el general Urquiza se contentó con hacer responder lo siguiente por medio de su secretario: “S.E. el señor general ha leído la carta que ayer le ha escrito usted y me encarga le diga respecto de los prodigios que dice usted que hace muchos años que las prensas chillan en Chile y en otras partes y que hasta ahora D. Juan Manuel de Rosas no se ha asustado; que antes al contrario cada día estaba más fuerte”.

Esa respuesta hizo en usted la herida más grande de las que hasta hoy dan salida a su voz. “Yo me repuse de mi conmoción, dice usted, me levanté del asiento, dí dos o tres paseos... “afectando” la mayor compostura... salí y me dirigí al Paraná en busca de la serenidad que necesitaba para obrar...” “Yo me senté en las barrancas y dejé vagar mis miradas sobre la superficie de las aguas, y media hora después mi espíritu estaba rehecho, mi partido tomado, mi respuesta acordada conmigo mismo ante este tribunal de la dignidad personal, de la justicia hollada y ante la necesidad de no dejar en mi persona el diputado al Congreso, el publicista”.

Al día siguiente solicitó usted carreta para conducir la imprenta al paso de la artillería volante, y el general contestó según usted: “¿Qué sujeto! Díganle que no”, delante de muchos circunstantes, y es usted quien lo dice.

“¿Hubo realmente (pregunta usted en vista de ello) el propósito de abandonar el “Boletín”, precisamente porque “era la única novedad, la única fuerza activa del campamento?”

Y yo pregunto: ¿podía dejar de chocar con el jefe del ejército, el que creía de buena fe que el “Boletín” era la única novedad, la única fuerza activa” de un campamento de treinta mil hombres, del que cada cambio era una peripecia nueva y grandiosa de la República

Argentina? Un boletín, “la única fuerza activa en medio de una fuerza militar de treinta mil soldados “en acción”! Yo pregunto si un escritor que atribuía la popularidad del boletín al nombre y prestigio literario de su redactor y no a los avances que la libertad argentina hacía en cada paso del Ejército Grande aliado podía dejar de estrellarse con el general en jefe menos susceptible?

Otro día dijo usted al general: “He preparado dos “Boletines”; el 2, que ya está publicado con la carta del Arroyo Pavón sobre los pasados. Esto es falso y yo no quiero que mientan en mi nombre.

Señor, es un parte del comandante Zeballos al Juez de Paz. No es cierto el hecho...”

Sea de esto lo que fuere, está la justicia por él o por usted, esos choques tuvieron lugar; ellos dejaron heridas profundas en usted. Usted mismo consigna los hechos y confiesa las heridas. Pues bien, eso basta para que la narración que usted hace de la campaña no sea un testimonio veraz sino un acto vindicativo de recriminación contra su general en jefe, objeto de su encono acreditado y confesado.

Pero no sólo carece usted del carácter y de la autoridad de testigo, sino que tampoco es juez ni voto en materias militares. ¿Con qué título se constituye usted juez de una campaña militar? Usted no es soldado; no conoce la estrategia, que no ha estudiado ni es ciencia infusa. Su grado de teniente coronel es gracia que usted debió al general Urquiza, antes de dar principio a la campaña, no después de la batalla. Su saber militar sólo prueba la generalidad de sus lecturas y conocimientos teóricos que le permitirían disertar con igual gracia sobre medicina. Usted, que no había hecho ninguna campaña; que no conocía la ciencia militar, ¿cómo pudiera ser juez competente del que ha mandado el ejército más grande que en lo antiguo y moderno haya visto la América del Sud, con un éxito tan completo que dejaría en ridículo la censura de la Escuela Politécnica francesa?

¿Y cuál es la base de su criterio militar? El clasicismo más rudimental y más rancio de la estrategia europea, cuya aplicación ha producido siempre la derrota de sus importadores en esta América desierta. Usted leía por la noche “manuales” de estrategia francesa y cuando a la mañana siguiente veía usted gauchos y no soldados europeos a su alrededor, exclamaba usted: “barbarie, atraso, rudeza”. Y repetía las murmuraciones de nuestros oficiales clásicos.

¿Qué es la ciencia militar de nuestros oficiales clásicos? El producto de lecturas francesas sobre arte militar, como es la ciencia de nuestros publicistas el resultado de algunas lecturas de libros europeos. Estaba ya admitido que en política era errado el sistema de nuestros viejos liberales de aplicar a estos países desiertos hoy y ayer esclavos, las últimas prácticas de la Europa representativa. Pero en materia militar creemos todavía que no se debe hacer concesiones al desierto y que nuestros gauchos, que no saben ser ciudadanos en la paz, deben ser ciudadanos literalmente ingleses en la guerra.

¿Qué han obtenido en guerra los portadores indiscretos de ese sistema? Lo que han obtenido en política y gobierno: derrotas, descalabros y nada más.

Todas nuestras brillantes reputaciones militares han sido chicoteadas por los gauchos. El gaucho López se burló de Viamonte. Facundo Quiroga, caudillo sin lectura ni saber militar, derrotó a Pedernera, Pringles, Alvarado, Videla Castillo y Lamadrid, brillantes jefes del tiempo de la guerra de la independencia. El gaucho Rosas dio cuenta de Rauch, Lavalle, Alvear, Vega, Suárez, Martínez, Iriarte, Olazábal, Medina, Acha, Díaz, etc., la flor de nuestros tácticos veteranos.

Todos estos brillantes soldados, llenos de saber militar, comparados con sus rústicos vencedores, eran gauchos a su vez, in instrucción militar respecto de Tacon, Pezuela,

Laserna, Canterac, Valdez, Ramírez, Monet, Espartero, Maroto, generales europeos de alta capacidad; y, sin embargo, esos pobres oficiales nuestros del tiempo de la guerra de la Independencia, echaron de este suelo a los vencedores de Napoleón de España. Bolívar, su caporal, ¿fue otra cosa que un “caudillo” como lo ha calificado usted mismo en “Facundo”? ¿Cree usted que Liniers, Elio, Balbiani, Saavedra, Uribe, Belgrano, conociese el arte de la guerra tan profundamente como Whitelock y Beresford?

Sin embargo, esos militares nuestros, desnudos de instrucción, derrotaron completamente a los brillantes generales ingleses invasores de 1806 y 1807. Es el triunfo del saber práctico sobre el saber incompleto del que viene de fuera: es la ventaja del que conoce el terreno y emplea los medios de acción que él ofrece, sobre el que trae conocimientos y medios de otro terreno diferente.

San Martín decía no ha mucho, que con diez mil gauchos se reiría de la Francia entera en los desiertos argentinos. San Martín desechó a Brayer, general de Napoleón, porque no sabía hacer la guerra americana contra los españoles, cuando el sitio de Talcahuano. Sin embargo, usted veía “la más completa desorganización” en el ejército que ha triunfado de Oribe y de Rosas, porque no había en él ni Estado Mayor, ni jefe de día, ni ronda, ni rondín, ni patrullas, ni avanzadas, ni orden del día, ni estado general del ejército, ni edecanes reconocidos, según usted refiere. Lo que ha de admirar usted es que sin todo eso el general Urquiza ha obtenido en 4 meses, lo que en quince años no han podido conseguir nuestras celebridades militares con Estados Mayores, jefes de día, rondas y rondines, patrullas y avanzadas, y que el general Urquiza haya podido decir con razón después de la victoria de Caseros: “Ahí tienen una batalla y una campaña hecha sin Estado Mayor”.

Pero ya se ve, usted se lamenta que haya sido preciso dar la batalla del 3 de febrero. Usted cree que Rosas hubiese podido caer por sí solo, tan sazonado creía su desprestigio en el ejército que peleó por él sin que lo defecionase un hombre: creencia que de ningún modo hace honor al buen juicio de los que consideraron necesario enviar contra él un “Ejército aliado de 30 mil hombres”, pues tanta fuerza no se envía para destruir un poder que se está cayendo por sí mismo.

Comprendo que usted no gustase de la batalla: evitar la batalla, habría sido evitar la victoria y ahorrarse un libertador. Si no hubiese habido batalla, el general Urquiza sería el vencedor de Caseros, ni el director provisorio de la Confederación.

¿Por qué fatalidad hubo batalla? Porque no hubo Estado Mayor, responde usted. La falta de Estado Mayor originó la defección de la división de Aquino; este desastre frustró la defección del ejército de Rosas y de ahí vino la necesidad de destruirlo por una batalla campal.

“La sublevación de la división Aquino, dice usted, es el nudo del drama de esta campaña”. ¿Qué conexión tiene esto con la falta de Estado Mayor? “La división Aquino, dice usted, se sublevó porque cada jefe acantonaba donde creía convenirle, y aquellos soldados ausentes de su país 14 años, no podían resistir al deseo de volverlo a ver. La vista de la Pampa sin obstáculos y la proximidad de los caballos, fue la única causa de la sublevación”. Según esto, un error de Aquino en la elección del lugar de su acantonamiento y la nostalgia de los soldados fueron causa de ese desastre. Si hubiese habido Estado Mayor, Aquino habría sabido el lugar en que debía acantonar, y habría conocido mejor el estado moral de los soldados de su inmediato mando. Y como en ese Estado Mayor debía usted tener un rol activo, probablemente le hubiera cabido la dicha de salvar a ese brillante jefe con reglas y consejos en el arte y acerca del terreno que él conocía y usted no.

Con Estado Mayor habría caído Rosas sin batalla; y la gloria que hoy es del vencedor de Caseros, sería en gran parte de los que hubiesen vencido con órdenes del día y simples boletines. ¡Qué distintos serían hoy los roles de las personas! Se podría agregar que por falta de Estado Mayor ha habido pacto de San Nicolás, escenas de junio, revolución de 11 de septiembre. Congreso, campaña de Entre Ríos, sitio, etc.

¿Esa era la única falta del ejército? “Yo era, dice usted, el único oficial del ejército argentino que en la campaña ostentaba una severidad de equipo, estrictamente europeo. Silla, espuelas, espada bruñida, levita abotonada, guantes, quepí francés, paletot en lugar de poncho, todo yo era una protesta contra el espíritu gauchesco... Esto que parece una pequeñez “era una parte de mi plan de campaña”, contra Rosas y los “caudillos”, seguido al pie de la letra, discutido con Mitre y Paunero y dispuesto a hacerlo triunfar sobre el “chiripá” si permanezco en el ejército. Mientras no se cambie el traje del soldado argentino ha de haber caudillos. Mientras haya chiripá, no habrá ciudadanos... y para acabar con estos detalles de mi “propaganda culta, elegante y europea”, en aquellos ejércitos de apariencias salvajes, debo añadir que tenía botas de goma para el caso, tienda fuerte y bien construida, catre de hierro, velas de esperma, mesa, escritorio y provisiones de boca....”

si ese plan de campaña contra el propio ejército había de desplegarse desde la altura del Estado Mayor, compuesto de sus iniciadores, digo yo que el general Urquiza mostró mucha prudencia y mucho tino en contraer sus operaciones a Rosas, y no al traje de sus propios soldados. Un oficial del traje que usted llevaba en un ejército de Sud América, es una figura curiosa, que debía entretener a la tropa; pero todo un ejército sudamericano compuesto de nuestros gauchos vestidos de levita, quepí francés, paletot, etc., sería una comedia que les haría caer las armas de las manos de risa al verse en traje que el europeo mismo se guardaría de emplear en nuestros campos. Esas campañas contra los usos del desierto antes de haber acabado con el desierto; contra los usos que engendra la pobreza, son de mala táctica. No es dado a un sastre distribuir con su tijera la civilización europea o asiática. Con quepí o con paletot nuestro gaucho siempre sería el mismo hombre. Traed la Europa por el libre comercio, por los ríos, por los ferrocarriles, por las inmigraciones, y no por vestir de paletot al que sólo es digno de poncho.

Y con esas ideas, de que probablemente no hizo usted misterio, ¿hallaba usted extraño que el general Urquiza no le admitiese a su consejo?

Sin negar su brillante aptitud periodista, de que he sido y son sincero apreciador, le diré que lejos de merecer siquiera el reproche que usted le hace de hombre incapaz de consejo, por haber rehusado el suyo, yo creo que habría dado muestra evidente de poco juicio, entregando parte de la dirección de la guerra a cualquier periodista, por espiritual y elocuente que fuese. Si la prensa hiciese generales, Emilio Girardín, Lamartine, Thiers y otros ciudadanos franceses que saben hacer libros, periódicos y panfletos admirables, andarían al frente de los ejércitos franceses, de jefes de Estado Mayor, dirigiendo la guerra a la par de los guerreros.

“Se engañan, dice usted, los que creen que por medio de concesiones discretas y oportunas pueda traerse a Urquiza a la adopción de la buena causa”. ¿Funda usted ese juicio en que nada consiguió por ese sistema? Pero usted que se precia de “estar en punta contra todo lo que es prudencia, blandura y concesión”, ¿cómo podía usted obtener cosa alguna manejando medios que hace alarde de desconocer? Incapaz de concesión, como usted mismo se dice, ¿qué extraño era que chocase con Urquiza?

He demostrado que la narración de usted no es la historia de un “testigo” desapasionado, ni la voz de un “juez” competente en la materia militar, que le es extraña.

¿Le queda al menos la autoridad de “parte” acusadora? Tampoco, porque la autoridad de toda acusación reside en los documentos justificativos de los hechos imputados.

La “Campaña” de usted es una historia sin documentos; es la aseveración desnuda de la parte agraviada, que jamás merece fe.

Los documentos de que consta el “memorándum”, que precede a la “Campaña”, son documentos contraproducentes, que contradicen la “Campaña” en vez de apoyarla. Por eso es que usted no ha usado de ellos al exponer los hechos.

Veamos ahora cuál es la “utilidad” de su “Campaña”. ¿Qué servicio, qué necesidad nacional satisface esa publicación? Ninguno:: no sirve a la paz, ni a la gloria nacional, ni a la gloria del Ejército Grande aliado.

Aparecida después de la revolución del 11 de septiembre, viene a prestar apoyo a ese movimiento. Es un escrito de conspiración contra el nuevo gobierno provisorio de la Confederación Argentina. Su autor dice abiertamente en el “Epílogo”, que su objeto es dañar al general Urquiza, justificar su caída...” “No diremos nada del carácter y elementos de la guerra en perspectiva...” “Para mí la guerra posible y deseada... es una guerra... tan premiosa, tan significativa, tan concluyente, que vale la pena de desearla aunque el patriotismo imponga el deber de estorbarla si es posible”.

Abrir una nueva guerra, de duración incierta, al fin de una guerra de 20 años, ¿era lo que necesitaba la República Argentina? ¿Con guerras interminables se dará a ese país las poblaciones, el comercio, los caminos, que deben salvarlo del desierto, de la pobreza y del atraso que es su resultado.

Libre de Rosas, la República entraba a ocuparse de su constitución, de su comercio, de sus finanzas, de sus códigos nacionales, etc.; pero en vez de escritos útiles para ilustrar y servir estos intereses, se le envían panfletos políticos de carácter incendiario contra sus nuevas autoridades, del mismo género de los que antes se enviaban contra Rosas; convirtiendo la conspiración en costumbre y manera normal de vivir, y confirmando el juicio afrentoso que de nosotros había formado el mundo cuando nos creía incapaces de vida seria, ordenada y estable.

La persona del general Urquiza, su prestigio de libertador, su presencia en el poder, la aceptación que de él hacían todas las provincias, eran preciosos elementos de orden y de gobierno, que era menester robustecer y no debilitar. Catorce provincias que jamás se han entendido sobre nada, aunadas en el propósito de reunir un Congreso y dar una constitución era una coyuntura afortunadísima y casual de organización que no debía malograrse por nada. ¿Había sombra de juicio en precipitar de nuevo el país en la discordia, tras otro congreso, tras otro jefe, tras otras influencias que las que existen por la obra de los acontecimientos?

“Señor (le decía usted mismo al general Urquiza antes de la campaña), no me parece prudente tener una idea fija sobre la conducta que haya de guardar S.E. después de la victoria. La victoria misma impone deberes y forma situaciones nuevas. Los sucesos y los hechos lo llevarán fatalmente más allá de donde quisiera ir. El poder es una cosa que se vincula a los hombres. S.E. será el poder real por los prestigios de la victoria, por las necesidades del momento. Supóngase que se forme un gobierno, que éste tire decretos; la opinión ha de buscar, ha de esperar la sanción real, que estará fuera del gobierno, en el hombre que posee el poder de influencia... saben en Chile que este pensamiento a más de exacto en sí, es sincero de mi parte; pero había al emitirlo con calor el deseo de hacerle sentir hasta dónde tomaba yo “como un hecho, una necesidad y un bien público” su elevación personal...”

Creo sin duda que había más sinceridad de parte de usted, cuando emitía esas ideas ahora un año, que cuando las combatía de hecho hace dos meses en su “Campana”. El talento no falta entre nosotros; rara es la verdad política, la exigencia pública que se oculte a nuestros escritores. Lo que nos falta es el juicio y la capacidad de persistir en las opiniones emitidas, cuando una contrariedad de amor propio viene a poner a prueba la sinceridad. Todas las publicaciones de usted del último tiempo, toda la prensa y la política de la revolución del 11 de septiembre en Buenos Aires, son la infracción inconsecuente de esas verdades que usted exponía al general Urquiza “un día en que él le recibió con cordialidad y expansión”, al principio de la campaña.

Su “Campana” que así perjudica la tranquilidad pública ¿sirve de gloria nacional?

Tampoco. El Ejército Grande que obtuvo la gloria de acabar con Rosas constaba de aliados argentinos, brasileños y orientales. El general Urquiza representaba inmediatamente el elemento argentino. Pues bien el afán de usted en su “Campana” es probar que este elemento fue nulo y secundario y que el cambio liberal de la República Argentina fue debido al extranjero. Por quitarlo a Urquiza, da usted al Brasil el laurel de la caída de Rosas.

No sé el motivo porque el general Urquiza llevase a cabo la campaña oriental contra Oribe sin esperar la cooperación de los brasileños. Pero si en ello hubo falta, no le tocaba a un argentino reprochar a un general de su país el que tomase esa gloria exclusivamente. Usted hace un cargo al general Urquiza de que pronunciase esta palabra que honra su egoísmo patrio: “¿Por dónde iba yo a consentir que ellos tuviesen parte en la rendición de orientales y argentinos?”

El hecho grande y supremo de ese ejército es la victoria del 3 de febrero. Y bien, ¿cómo presenta usted esa victoria? Como una farsa indigna, como una batalla de comedia, que es pura burla, no para honor de los vencedores.

Treinta mil hombres tenía el ejército libertador; y el vencido se componía de diez y seis mil, dice usted, apoyándose en el dicho del general Mansilla: la palabra con que el enemigo vencido excusa su derrota, es historia argentina para usted. Eran, pues, dos hombres contra uno; ¿qué gloria podía haber en vencer?

Y de esos hombres de Rosas sólo dos mil eran soldados: los demás eran hombres que fusilaron a jefes en el campo de batalla, recogidos por la fuerza, el batallón de policía de Buenos Aires, los serenos, más de dos mil muchachos, los sirvientes, los presos, hombres atormentados 20 años, que habían jurado dejar caer a Rosas (y que, sin embargo, ninguno se pasó al enemigo). He ahí el ejército de Rosas, según usted: el ejército que por veinte años había esclavizado a la República Argentina. Contra esos dos mil soldados aumentados con presos, muchachos, domésticos, serenos, etc., venían treinta mil hombres compuestos de la flor de los ejércitos brasileño, oriental y entrerriano.

“No había batalla posible”, según usted.

“El combate, dice usted, se redujo a la casa de Caseros, embestida por el frente y por el costado de la derecha por diez batallones brasileños y orientales... lo repito, no había enemigo que combatir y todo se acabó así que nos acercamos por la izquierda y aun antes de acercarnos por la derecha”.

“Esta fue la batalla de Caseros para los de casa, dice usted. La batalla para el público puede leerse en el Boletín número 26, novela muy interesante que tuvimos el honor de componer entre mitre y yo, con algunos detalles que a su tiempo se verán”.

Lo que entonces fue para los de casa, hoy lo hace usted para el público. A ser cierto eso, sabe Dios qué utilidad, ni qué honor habría para la causa triunfadora, en revelar semejantes misterios ni dentro de cien años.

Sin embargo, esa batalla de Caseros que usted presenta como farsa cuando la considera como obra de Urquiza, la presenta usted como batalla inmortal a renglón seguido, cuando se acuerda que usted tuvo parte en ella.

“Después de la batalla”... “Ilegamos al hospital de Rosas, el general rodeado de todo su séquito, “ebrios de dicha nosotros” y felicitando al hombre para quien la República debía tejer coronas...” “Nunca lo creímos digno “de la gloria de tan señalado triunfo”. A poco de pasar por los Santos Lugares divisé a Mitre que de su parte me buscaba. Bajamos ambos de los caballos para abrazarnos en nombre de esta “patria que habíamos conquistado, y nos aplaudimos de la felicidad de haber tenido parte en acontecimiento tan memorable”.

“Pasamos la noche en aquella inagotable revista de las mil nada, de los incidentes y pormenores de “una gran batalla”. Las emociones del día habían sido para nosotros vivísimas. Las masas enormes de jinetes y de tropas regulares, sin ejemplo en la historia de América, la inmensidad de las consecuencias de la batalla, aquella exposición teatral... todo era para prolongar las impresiones y tenernos en vela esperando el día siguiente para lanzarnos adelante en aquel ancho camino que habíamos abierto a cañonazos”.

Esto no pertenece a la “novela” o boletín número 26, que usted compuso de la batalla, sino a su “Campaña” publicada en Chile.

Eso era el 3 de febrero: Rosas ya no existía en el poder; el obstáculo de ayer había desaparecido; quedaba el obstáculo de hoy; y el 4 de febrero empezaba usted a conspirar de frente contra él.

“¿Cree usted que Buenos Aires resista la cinta colorada del Ejército libertador? – preguntó usted al señor Gorostiaga. – Resistirá, señor, le dijo él. “Entonces aproximé mi caballo (escribe usted) tomé la mano del chicote y apretándosela y con mirada firme y voz decidida le dije: resistan y se salvan. De esto depende, créamelo, la salvación del país”. He aquí una proclama de rebelión expresada con gestos y palabras terminantes. Era la misma doctrina que sirve de prólogo a su “Campaña”: “Tengo contra los males de mi pobre y decaída patria una receta eficaz cuyo uso me atrevo a aconsejar a los que se sientan con voluntad de aplicarla: no bebáis de la hiel y del vinagre que os pasen en la esponja, cuando sólo pedíais agua por caridad a vuestros verdugos. Volved la cabeza a un lado y seréis salvados”.

He ahí la rebelión convertida en receta curativa de los males de Sud América. Se sabe que para pueblos educados en la anarquía y el despotismo; toda disciplina sabe a hiel y vinagre; todo gobierno que no prostituye el poder a la licencia, huegle a “verdugo”. Volved la cabeza, dice vuestra buena política, y seréis salvos! Es el capricho inveterado que dice “no” cuando el pueblo dice “sí”: es la voluntad sin ley, es el despotismo.

No es la “resistencia”, señor Sarmiento, lo que deben enseñar los buenos escritores a nuestra América española envenenada en la rebelión; es la “obediencia”.

La “resistencia” no dará la “libertad”; sólo servirá para hacer imposible el establecimiento de la “autoridad”, que la América del Sud busca desde el principio de su revolución como el punto de partida y de apoyo de su existencia política. Sin la autoridad que da y hace respetar la ley, es imposible la “libertad”, que no es más que la voluntad ejercida en la esfera de la ley. El principio de autoridad es el símbolo actual de la civilización en Sud América; todo lo que se opone a su establecimiento, barbarie y salvajismo dorado.

La “autoridad” no se funda por la discusión ni por la “resistencia”. Ella presupone y envuelve esencialmente la “obediencia”. En 1845, cuando el partido radicalista de Chile

proclamaba las doctrinas que usted sigue hoy, las refutaba en “Facundo”, con las siguientes máximas sobre el origen y naturaleza de la autoridad.

“Cuando la autoridad es sacada de un centro para fundarla en otra parte, pasa mucho tiempo antes de echar raíces. El “Republicano” (periódico “pipiolo”), decía el otro día, que la “autoridad no es más que un convenio entre gobernantes y gobernados”. Aquí hay muchos “unitarios” todavía! La autoridad se funda en el asentimiento indeliberado que una nación da a un hecho permanente. Donde hay deliberación y voluntad no hay autoridad.”

(Facundo, pág. 139)

Compare usted esta doctrina suya en 1845, a las máximas de resistencia que usted propalaba en Buenos Aires “después” de la caída de Rosas.

Asegurando usted a la juventud de Buenos Aires que la salvación del país dependía de la resistencia a la divisa colorada que había traído Urquiza, usted achicaba, degradaba la gran cuestión argentina que era una cuestión de inmigración, de libertad de los ríos, de tratados de comercio con todas las naciones, basados en la más completa libertad; de abolición de las aduanas interiores, de la creación de un gobierno nacional y de una constitución, que le sirviese de regla, de garantías protectoras de la vida, de la propiedad, de la libertad, del pensamiento, etc.; no se había triunfado para vestir cinta azul en lugar de colorada, sino para salir del atraso, del aislamiento, de la soledad, de la barbarie que Rosas había dejado en las cosas, en los hombres, en las instituciones, no en los colores. Usted empezaba por el fin, por lo externo, por lo superficial. Jamás la salvación de la patria podía depender de un color. Un color es cuestión de vida o muerte, cuando es signo de un sistema, cuando significa tiranía o libertad. No sucedía tal en Buenos Aires con el color punzó. Este color representaba el sistema federal. Adoptado el sistema, ¿podía ser tan esencial la abolición del símbolo? Federales en uno y otro campo, era el color común de vencedores y vencidos; si con él había tiranizado Rosas, con él se le había destruido; con ese color se había luchado y triunfado de Oribe en la Banda Oriental; lo habían llevado Olavarría, Suárez y Lavalle en el Palmar y con él se organizó la defensa del sitio de Montevideo, antecedentes de la resistencia contra Rosas, que han sido origen de su caída.

A esto estaba reducido el “cintillo”, despojado ya por Urquiza del lema de muerte que le había puesto Rosas.

No traigo esto en defensa de ese color, que no quiero, sino por notar las circunstancias que concurrieron para no hacer de esa cuestión frívola una cuestión de vida o muerte. Era traer la cuestión argentina al terreno en que Rosas la había tenido: 20 años había peleado para substituir la cinta colorada a la celeste, y ustedes iniciaban una nueva guerra para substituir la “celeste” a la “colorada”.

Somos eximios en el arte de voltear gobernantes, y eso es nuestra vergüenza, no nuestra honra. ¡Qué menos cuando en 40 años no hemos hecho otra cosa! Es la industria que hemos cultivado. El toque de alarma, el grito de guerra, son melodías que nuestros muchachos de la calle ejecutan como maestros consumados, con un éxito que hace el vilipendio de nuestros pueblos.

Lo que es raro en Sud América, lo que es precioso y digno de admiración y respeto entre nosotros, es el arte de poner en paz, el arte de tranquilizar, el arte de disponer la sociedad al respeto y sostén del gobierno que es tan esencial a la libertad como al orden, y sin el cual la sociedad es una horda. Washington representa la causa del gobierno nacional en la América, no de la insurrección. Rivadavia jamás fue el sansculote ni opositor armado; fue siempre el hombre del gobierno. San Martín detestó a los demagogos. Sucre fue víctima de ellos; Monteagudo es mártir glorioso del principio de autoridad. Eso es digno de respeto y

de imitación en América, y no la canalla que solo sabe apedrear sus reyes en las capitales de Europa, que comienza la revolución democrática de que estamos saciados en América. Ninguno de los escritos de usted posteriores a la caída de Rosas, sirve a la causa de este gran principio. Aquella carta que usted escribió en la habitación y con la pluma de Rosas, el 4 de febrero, debió ser, como dijo, “el punto final al alegato de bien probado” abierto desde 1848. El 3 de febrero era el término de la prensa de guerra de que había sido usted uno de los primeros agentes.

Pero acabada la guerra contra Rosas, usted ha empezado nueva guerra contra Urquiza. La América está saciada de guerra; necesita de la paz, que hace falta a la plantificación y desarrollo de las instituciones. Usted que escribió su “Argirópolis” para pacificar el país agitado perennemente por la ambición de Rosas, acaba de escribir, después de caído este perturbador, su “Campaña” y otros panfletos, que no son más que armas de guerra y sublevación de ese país embrutecido por la guerra perdurable.

Usted que hablaba tanto de colonización, de inmigración, de ferrocarriles, de educación popular, de industria, de comercio, de navegación interior, no ha escrito una sola palabra sobre estas materias después de la caída del tirano que contrarió todos esos intereses. Todos sus últimos escritos son de simple política personal. Su “Campaña”, en vez de un diario de las jornadas del ejército que destruyó a Rosas, es un panfleto político contra el general en jefe del Ejército Libertador, destinado a minar su crédito, crearle desafectos y destruir su autoridad.

Su carta-panfleto, del 13 de octubre, dirigida desde Chile al general Urquiza, es un escrito de guerra destinado al mismísimo fin, de suscitar obstáculos y resistencias al nuevo gobierno argentino.

Su panfleto “San Juan, sus hombres y sus actos”, es otro ataque político al vencedor de Rosas, con motivo de las desavenencias domésticas de esa provincia.

Su opúsculo sobre la “Convención de San Nicolás de los Arroyos”, es un grito de alarma lanzado a las provincias interiores para que rompan y despedacen esa Convención de 14 provincias, sancionada por trece legislaturas, que se hizo con el objeto de marchar acordes y uniformes a la reunión de un congreso y a la sanción de una constitución.

He ahí todo lo que ha publicado usted después de la caída de Rosas, fuera de algunos artículos más incendiarios todavía insertos en periódicos: escritos de guerra, política de sublevación, no ya contra Rosas, sino contra el vencedor de Rosas.

¿Hasta cuándo, Sarmiento, piensa usted vivir peleando y combatiendo? ¿Cree usted que a punta de dicterios y de bayoneta conseguiremos alguna vez que de los elementos que nos ha legado la vida colonial; de la anarquía habitual que nos ha dado la república; de la falta completa de inteligencia y prácticas constitucionales, que nunca hemos tenido, salga una organización política intachable desde el primer día, por una elección tan libre y pura como si fuese hecha en Norte América por electores envejecidos en las prácticas de la libertad? Cuando ustedes ambicionan eso, ¿están en su juicio, o quieren reírse de nuestros pobres pueblos?

El presidente de los Estados Unidos de Norte América, condenaba ahora poco, las doctrinas subversivas de ustedes del modo siguiente: “Acordémonos de que las revoluciones no siempre establecen la libertad. Nuestras propias instituciones libres no fueron obra de nuestra revolución. Existían antes. Fueron introducidas en las constituciones libres del gobierno popular bajo las cuales crecieron las colonias inglesas, y nuestra revolución sólo nos libró del dominio de una potencia extranjera, cuyo dominio se oponía a aquellas instituciones. Pero las naciones de Europa no han tenido semejante escuela de gobierno

popular y todos los esfuerzos para establecerlo por miedo de sangrientas revoluciones, serán nulos y continuarán siéndolo sin aquel preparativo”. La libertad no regulada por la ley degenera en anarquía, que pronto se convierte en el más horrible de todos los despotismos. Esas palabras del presidente Fillmore, dichas el 6 de diciembre de 1852, en su último mensaje al congreso eran dirigidas a las naciones europeas que no se educaron en el gobierno popular, por lo cual son mayormente aplicables a la América española, cuyo gobierno de 300 años fue menos popular que el de muchas monarquías representativas de la Europa.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

